

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 23 de octubre de 2019**

Texto de referencia: J. Carrón – L. Giussani, ¿Quién es este?, supl. de Huellas-Litterae communionis, n. 9, octubre de 2019.

- *Foi Deus*
- *Noi non sappiamo chi era*

Gloria

Un saludo a todos los presentes y a cuantos nos siguen mediante conexión. Comenzamos el trabajo de este año con la Jornada de apertura de curso, que nos ha situado frente al contexto en el que estamos llamados a vivir la fe, un contexto cultural que Umberto Galimberti define como de nihilismo. No se trata de una cuestión de filosofía para expertos, sino que sabemos bien que este problema nos afecta a todos, de hecho muchas veces nosotros también estamos a merced de todo. Usando una imagen que está al alcance de todos y que nos permite entender qué es el nihilismo, diría que somos como minas flotantes, no nos vinculamos a nada y como consecuencia nos vemos a merced de las circunstancias. Frente a esta experiencia, vemos que no logramos nada guisándonoslo y comiéndonoslo nosotros mismos, soltando determinadas frases o poniéndole un gorro a esta situación, porque sería tomarnos el pelo. En cambio, estamos aquí precisamente por el aprecio que tenemos por nuestra vida, por una seriedad con nuestra vida. Por eso nos hemos dicho –siguiendo a don Giussani– que no hay otro modo de responder al nihilismo que la experiencia. Es algo que repetimos con frecuencia, pero que no siempre comprendemos; a veces necesitamos tiempo para comprender.

Leo el mensaje que mandé a un amigo: «Ayer por la noche en la Escuela de comunidad comprendí mejor la experiencia. Mientras escuchaba a todos esos amigos, me habría gustado decir en un momento dado: “Pero, ¿no os dais cuenta? Quizá para el que acaba de llegar [aunque lo mío ha sido realmente una vuelta] es más evidente: en esta compañía sucede algo que es humanamente impensable en el mundo”. Y me surgía hacer una comparación con lo que viví el año pasado. Estuve en África durante catorce meses. Al volver, cualquier persona con la que me encontrara terminaba diciéndome: “Tiene que haber sido una gran experiencia... Qué experiencia tan bonita ha tenido que ser...”, y así todo el rato. Pero son todas mentiras, porque uno puede hacer incluso algo que se salga de su forma normal de vivir, pero si falta el yo, incluso catorce meses en África pueden no ser experiencia. Es increíble, pero esos catorce meses (y todo lo que había antes) se están convirtiendo en experiencia para mí ahora. ¿Cómo es posible? Porque os he conocido a vosotros. Todo el mundo silencia el yo, no lo mira, no se lo toma en serio, corre detrás de intentos de resolver los problemas con las propias fuerzas y según las propias ideas. Pero aquí sucede algo distinto. En esta compañía se me toma en serio. Para mí esto sigue siendo algo de otro mundo. Porque no es que todos sean estupendos, que desaparezcan los defectos o las dificultades, o que todos estén en sintonía. A todos nosotros y a cada uno individualmente nos ha sucedido algo que nos ha aferrado, que nos ha cambiado. Porque por fin Alguien nos ha dicho: “Ese corazón indomable que tienes, con todo su deseo, te lo he dado yo y no es un error. Tú no eres un error, ese deseo de ser amado que nada puede llenar no es una desgracia que te ha sucedido”. Entonces uno puede hacer experiencia, es decir, experimentar esa inteligencia del sentido de las cosas que te saca de tus esquemas, que te arranca de tus proyectos y de tus cálculos para abrirte al asombro de la realidad que sucede –más allá de ti, pero sobre todo para ti– gracias a un

encuentro carnal, objetivo, verdadero, que despierta tu corazón, es decir, tu yo. ¿Y cómo sabes que es verdad? Porque te cambia, porque introduce en ti una novedad que ni siquiera con el mayor esfuerzo habrías podido realizar. Pues bien, esta es la gracia que estoy viviendo. Y sorprende la novedad de mi persona en el trabajo, en las relaciones y con mis padres». Gracias. Gracias, querida amiga. «Incluso catorce meses en África pueden no ser experiencia». ¿Por qué? Tú dices: porque falta el yo. Cuando falta el yo nos vemos yendo de acá para allá, y entonces tenemos que volver al lugar en el que podemos tomarnos tan en serio nuestro yo que empezamos a apreciar lo que hemos vivido. Pero, ¿qué sucede cuando uno no se da cuenta de lo que está viviendo? Corre detrás –esta es la forma en que describes el nihilismo– de los intentos de resolver los problemas con las propias fuerzas, que no resuelven nada. Cada uno de nosotros, sea cual sea la hipótesis con la que se sitúa delante de la cuestión, tiene que verificar qué es lo que necesita verdaderamente para vivir, para responder al problema de ir de acá para allá, y qué es lo que no le ayuda. Y justamente porque has verificado que los intentos que hacías no traían los frutos que deseabas, has podido percibir la diferencia de lo que has encontrado al volver de África: solo te cambia un lugar en donde se toma en serio tu persona, un lugar en el que puedes experimentar qué introduce en ti esa novedad, una novedad que ni siquiera el mayor de los esfuerzos puede producir. Si estamos atentos a lo que nos propone este lugar, como nos dijimos este verano y como hemos repetido en la Jornada de apertura, podremos valorar el hecho de que «el camino a la verdad es una experiencia». ¿Hay alguien que haya aprendido esto?

En la Jornada de apertura planteaste enseguida una pregunta: «¿Es verdad que el camino a la verdad es una experiencia?». Esta pregunta me ha obligado a hacer un trabajo para reconocer en mi vida la verdad de los contenidos que nos has propuesto. Algunas cosas que han pasado me han ayudado a hacer este trabajo. Una noche estaba con un grupo de amigos. Habíamos quedado para contarnos la vida, y uno en particular hablaba de su trabajo y de cómo iba al trabajo contento, consciente de que el lugar de trabajo es el trozo de realidad en el que el Misterio se hace presente en su vida. Al escucharle me dije: «Qué bonito y deseable». Percibí un impacto positivo; pero un instante después ya me estaba separando porque prevalecía en mí este pensamiento: «Pero yo no soy así». Y todo dentro de mí se empeñaba en un esfuerzo por adecuarme a lo que me había impresionado. Me ahogaba. Menos mal que intervino un amigo planteando una pregunta sencilla: «¿Qué me ha dicho, que nos ha dicho lo que hemos escuchado? ¿Qué nos ha sucedido, aunque no tengamos la misma conciencia que tiene él?». Con esta pregunta en el corazón dormí poco aquella noche, y me di cuenta de que –como decías tú en la Jornada de apertura–, al escuchar lo que contaba ese amigo, en el momento en que lo contaba, yo estaba completamente aferrado por lo que sucedía ante mis ojos: Cristo estaba ahí para mí en ese amigo «aferrado» – como tú dices– «hasta las entrañas». Qué extraña es la vida: Cristo sucede y yo lo dejo a un lado anteponiendo siempre mis reacciones, mis estados de ánimo; sin embargo Cristo no desiste y se vuelve a presentar inmediatamente a través de un amigo que no te deja dormir tranquilo, que no permite que dejes escapar lo que está sucediendo. La consecuencia inmediata que he experimentado es darme cuenta de que esa noche había sucedido algo, y de que cuando sucede no te deja que te reduzcas a tu límite y tus incoherencias, porque, al suceder Él, he descubierto que mi corazón está hecho para Él de forma irreductible. Esta conciencia de que el corazón es irreductible me permitió experimentar una gran paz, ya no me ahogaba.

Como dijimos en la Jornada de apertura, pueden suceder hechos, pero los dejamos a un lado. Los Evangelios hablan de hechos, de milagros que sucedían delante de todos, pero muchas veces la gente no se asombraba como se asombraba Jesús, que ante el centurión declara: «No he conocido a nadie con una fe así» (cf. Mt 8,5-12), con la capacidad que tenía el soldado romano de reconocer

que era Él. Lo que cuentas de ti mismo nos puede pasar a nosotros: no es que no suceda nada, sino que un instante después lo dejamos pasar. Menos mal que el Misterio tiene todavía piedad de cada uno de nosotros y vuelve a aferrarnos: ¿qué pasó mientras hablaba tu amigo? Si dejamos pasar esto, si no hacemos un trabajo, si no estamos disponibles para aceptar cualquier seña que nos venga de la realidad, terminará por no quedar nada de lo que nos sucede y acabaremos quedando a merced de nosotros mismos y de lo que nos rodea. Por eso, como se decía antes, se requiere nuestra presencia, es decir, que nuestro yo esté presente. No es que no sucedan las cosas, pero si, después de haberlas captado, un instante después las dejamos pasar, nos quedamos solos con nuestros intentos, que no consiguen aferrarnos porque son demasiado frágiles. Pero cuando yo me olvido, cuando aparto la mirada de lo que sucede delante de mis ojos, inmediatamente percibo su efecto: me ahogo. ¿Os dais cuenta de cómo tenemos en la experiencia indicadores que nos avisan? Porque cuando percibo lo que sucede y tomo conciencia de ello –aunque sea tan desastroso como lo era antes–, empiezo a experimentar una paz, como has dicho: «Una gran paz, ya no me ahogaba». Hay signos que nos permiten darnos cuenta de cuándo no estamos reconociendo algo que se da y cuándo, en cambio, sencillamente, sin tener que hacer no sé qué cosa, reconocemos que es Él porque cambia algo: ya no nos ahogamos. En una situación como la actual, en que nos vemos yendo de acá para allá, el desafío es este: frente al nihilismo, ¿resiste la fe, resiste el cristianismo?

El viernes fue un día muy duro: con toda la semana a las espaldas (el trabajo, los hijos, los compromisos...), estaba agotada. Solo tenía que realizar un último «esfuerzo»: acompañar a uno de mis hijos al gimnasio. Allí, por casualidad, me encontré con una madre joven a la que conozco porque sus hijas van a la misma clase que mis hijos en nuestro pueblo. Empezamos a charlar y empecé a quejarme de la semana, hasta que ella me interrumpió y me preguntó: «¿Conoces por casualidad a un sacerdote majo?». Yo me quedé un poco descolocada porque nos conocemos: ella sabe que yo pertenezco al movimiento y yo sé que ella no es creyente. Entonces me miró –yo me había quedado sin palabras– y me dijo: «¿Sabes? Ya no consigo hacer como si no pasara nada, ahora es algo recurrente, no consigo controlar el deseo de encontrar un sentido a mi vida. Durante la adolescencia abandoné la fe que mis padres me habían comunicado porque no se sostenía en pie. A veces trato de ahogar estas preguntas, pero después de algún tiempo vuelven a brotar. Me doy cuenta de que tengo una necesidad enorme de ser amada; las cosas que tengo ya no me bastan». Me quedé con la boca abierta, conmovida, entonces empecé a contarle el camino que estoy haciendo hasta llegar a citarle la Jornada de apertura de curso, y mientras le decía: «¿Sabes que Carrón empezó citando a un psicoanalista llamado Galimberti?», ella me interrumpió y me dijo: «¡Claro! ¡Es el nihilismo! Yo estoy justamente en ese punto». Seguí hablándole de la compañía cristiana con la que vivo y ella me dijo: «A mí también me gustaría tener amistades así». Entonces le dije: «¡Me encantaría tener una amistad así contigo!», y ella me respondió: «Lo sé, por eso te lo he dicho». Al día siguiente, hacia las 6 de la tarde, le di el último número de Huellas en el que aparece el texto de la Jornada de apertura, y a la mañana siguiente, hacia las 10, me vio y me dijo: «¡Ya lo he leído! ¡Gracias! Me está ayudando muchísimo». Entonces la invité a la Escuela de comunidad de esta noche, y me impresionó porque me dijo inmediatamente: «¡Por supuesto!», sin dudar. Para mí ha sido un regalo enorme lo que ha sucedido, porque ver a una mujer con una pureza y una lealtad así me ha hecho desear a mí también poder ser así, tener un corazón así. Es extraño, porque estaba cansadísima, pero después de ese encuentro experimenté una energía enorme, como si me hubiera reactivado. Estoy muy agradecida porque me doy cuenta de que la gracia que me ha sucedido al conocer a Jesús a través del movimiento es un tesoro; me estoy dando cuenta de que llevo conmigo un gran tesoro que seguramente alguien está esperando.

También nosotros, como decías al principio, podemos estar a merced de todo –un día duro, la semana con todas sus complicaciones– y toparnos con una amiga que está en nuestra misma situación y que ya no puede vivir sin un sentido. Esto es verdaderamente consolador, porque significa que no necesitamos nada más que echar cuentas con nuestra humanidad. Somos unos pobrecillos, y ni nosotros, que hemos conocido a Cristo, ni el otro, que está en busca de un sentido para vivir, tenemos que estar a la altura de nada. Como veis, el último que llega puede convertirse en un regalo para nosotros y nosotros para él, porque todos estamos deseosos de encontrar algo que nos aferre. Y cuando uno lo encuentra, enseguida brota la disponibilidad de la persona, como decías: una pureza y una lealtad que nos conmueven. Muchas veces nos descolocan las personas que acabamos de conocer, como le pasaba a Jesús en el Evangelio: «En Israel no he encontrado una fe tan grande», decía del centurión. ¡Hoy pasa lo mismo que entonces! Por eso todos somos compañeros de camino, y los últimos que llegan nos hacen conscientes de lo que vivimos, incluso a través de *Huellas* –ese *Huellas* que muchas veces ni siquiera ojeamos; ni siquiera lo leemos, mientras que esta amiga lo lee en menos de 24 horas, y esto refleja de qué modo desaprovechamos los dones que el Misterio nos da–. Lo que te ha pasado a ti nos puede pasar a cualquiera de nosotros. El nihilismo, es decir, el vacío de sentido, es lo que, paradójicamente, hace que nos resulte más fácil caer en la cuenta de una persona en la que vemos que sucede algo. Porque, entre todas las personas que tenía a su alrededor, te preguntó a ti por el sacerdote, por el deseo de una relación que la sacase de la situación de falta de sentido en la que se encontraba.

A propósito de esto, un amigo pregunta: «Pero, ¿la autoridad es una persona, una persona con nombre y apellido?». Si prestamos atención y miramos cómo ha sucedido lo que nos acaban de contar, no es que esa mujer se encontrara con una abstracción, sino que se encontró con una persona con nombre y apellido, con una amiga en la que vio algo que le interesaba. Este mismo amigo pregunta: «¿Es necesario que se dé una especial afinidad afectiva?». Todos estos problemas en los que nos enredamos (como si la realidad tuviese que entrar a la fuerza dentro de una imagen) saltan por los aires cuando estamos verdaderamente necesitados: todo es más fácil si tenemos una pureza y una lealtad ante lo que sucede. Por eso son autoridad aquellos en los que vemos que el nihilismo queda vencido, independientemente de la situación en la que uno se encuentre, de los errores que haya cometido (como la Magdalena, la pecadora). Todo esto no importa, todo lo que representa para nosotros una objeción no constituye obstáculo alguno: da igual que uno se haya ido o alejado durante algún tiempo, que no haya encontrado nada todavía, que esté distraído, etc., lo único que cuenta es la lealtad, la pureza con la que estamos delante del modo a través del cual el Misterio viene a aferrarnos ahora. La experiencia que vivimos en el presente nos permite comprender mejor el alcance de los relatos evangélicos, y me asombra que los que citamos en la Jornada de apertura se convierten en el canon, el paradigma través del cual descubrimos la novedad que Cristo ha introducido en nuestra vida.

Trabajando durante estos días en la Jornada de apertura de curso, me ha impresionado mucho todo lo que explicas con el ejemplo de la Magdalena. Al final de la página 6 dices: «La diferencia salta a la vista cuando nos topamos con una persona aferrada hasta las entrañas por Él. Esto es la fe».

Es lo que le dice Jesús: «Tu fe te ha salvado» (cf. Lc 7,36-50).

El hecho es que me he preguntado qué es para mí la fe, y me he dado cuenta de que para mí siempre ha sido cuestión de una «afirmación granítica» –digámoslo así–, y de algunas cosas que hay que hacer, que practicar (la Escuela de comunidad, las oraciones, la misa). Y siempre me he conformado con esto. Sin embargo ahora, con el paso del tiempo, me he cansado de vivir ciertas cosas sin dejar espacio a mi humanidad completa, y me ha impresionado mucho que tú pones en relación la fe con el afecto, con el ímpetu hacia algo, hacia alguien, como le sucede a la

Magdalena. Entonces me ha surgido una pregunta: ¿qué quiere decir vivir la fe? ¿Por qué la pones en relación con el afecto? Yo vivo momentos de afecto cuando tenemos la cena con el grupo de Fraternidad, vivo un afecto sincero con algún amigo o amiga; vivo, me entrego cuando llevamos a cabo algunos gestos como el del Happening que hemos hecho con nuestra comunidad en septiembre (que me ha permitido vislumbrar un plus y ha hecho que crezcan amistades gratuitas bonitas). Pero, ¿es suficiente esto? ¿Esto es vivir la fe?

Deja abiertas estas preguntas. No tengamos prisa por cerrarlas con una definición porque, como has visto –¡es impresionante lo que describes!–, muchas veces el cristianismo se reduce a doctrina –en tu lenguaje, una «afirmación granítica»– o a ética –como tú has dicho, «algunas cosas que hay que hacer»–. Este es el estándar normal al que se reduce el cristianismo. «Y siempre me he conformado con esto», decías. ¡Pero ahora te das cuenta de que esto ya no te basta! En mi opinión, es interesantísimo que, cuando nos encontramos ante el pasaje del Evangelio que citamos en la Jornada de apertura, este llegue a ser para nosotros el canon, el paradigma para juzgar: la Magdalena vivía algo que nosotros, con todas nuestras afirmaciones graníticas y con todos nuestros quehaceres, nos perdemos. El Evangelio empieza a hablarnos por fin: sin grandes discursos, simplemente a través de ciertos relatos se comunica la naturaleza del cristianismo que muchas veces se nos escapa, pero que –gracias a Dios, y porque tú ahora ya no te conformas con un cristianismo reducido, porque tu humanidad ya no se conforma (¿entiendes el papel decisivo que tiene tu humanidad?)– nos impresiona y lo deseamos. Por eso digo que la situación en la que vivimos ahora puede llegar a ser una ocasión preciosa para darnos cuenta de cómo reducimos el cristianismo a doctrina o a ética. En cambio, para la Magdalena el cristianismo no era sobre todo ni doctrina ni ética, sino el verse completamente aferrada por la presencia de Alguien que, evidentemente, hacía ciertas afirmaciones y ciertas cosas. Pero antes que nada, ¡se trataba de Alguien que la aferraba por entero! Podemos repetir estas cosas de palabra, pero reduciendo en el fondo el cristianismo a doctrina y a ética. Pero el cristianismo es el acontecimiento del Verbo (la doctrina) hecho carne. Si no se hace carne, ¡no me aferra por entero, hasta las entrañas! Decir que tiene que ver con las entrañas no significa reducir la fe a un sentimentalismo, sino reconocer que, si no llega hasta ahí, estamos a merced de todo lo que nos rodea. Ha sido suficiente con poner delante de todos un pasaje del Evangelio dentro del recorrido que estamos haciendo para que este empezase a hablar a nuestra vida como antes no lo hacía. ¡Cuántas veces habrás escuchado, cuántas veces habremos escuchado el pasaje de la Magdalena! Sin embargo ahora nos habla con tal potencia que nos lleva a descubrir la reducción del cristianismo que llevamos a cabo y que tú has descrito milimétricamente: una «afirmación granítica» y «cosas que hay que hacer». Podemos estar implicados, decíamos en la Jornada de apertura, en hacer las cosas de la asociación y en repetir entre nosotros afirmaciones, pero siempre quedará la pregunta de Jesús: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,8). Fe en el sentido que estamos diciendo, es decir, como alguien aferrado por Su presencia. Es impresionante porque, ¿qué es la fe? La fe es reconocer una presencia que te atrae, que te pega, que te aferra por entero. Pero entonces, ¿qué hace falta para entender si es suficiente lo que dices?

La Jornada de apertura de curso ha reavivado en mí la pregunta sobre qué quiere decir «ser generados» y «ser hijos». La primera lucha que he tenido que realizar es la de no reducir esta pregunta a una imagen de «quién es padre para mí» y a una cuestión psicológica o sentimental. Todo era demasiado reductivo, y lo veía por el hecho de que no generaba en mí esa libertad y esa alegría, aun siendo deseables.

¿Veis cómo aparecen enseguida las señales de que algo no va bien? La imagen que nos hacemos no genera ni libertad ni alegría.

Es más, casi me complicaba más la vida. Acepté entonces emprender el trabajo que se nos indicaba de mirar la experiencia y de juzgarla.

¡«Mirar la experiencia» requiere un buen trabajo! No lo demos por descontado, visto que seguimos cometiendo los mismos errores. Estamos aquí «desde hace siglos» y seguimos cometiendo los mismos errores porque no aprendemos nada de la experiencia.

Quería ver cómo y dónde había decidido el Señor dejarse sorprender vivo y presente nuevamente en mi vida. Os cuento dos hechos. El primero es que hace aproximadamente un mes tuve que hablar de mi experiencia junto a dos mujeres musulmanas sobre el tema «Mujeres de paz, de solidaridad y de diálogo». Después de una primera vuelta de intervenciones, hablé sobre mí, sobre mi experiencia, enseñando incluso algunas fotos. La mujer musulmana más joven me dio las gracias porque en las fotos había visto gente con una sonrisa, y decía: «Se ve que es una sonrisa verdadera». La segunda mujer, que hasta ese momento había hablado en términos sociológicos y «por categorías», se sintió libre para decir: «Quizá sea mejor que ahora os hable de mí». Entre nosotras tres se produjo realmente un encuentro. Al subirme al coche pensaba: «Es increíble lo que sabe hacer Jesús cuando sucede. ¡Cambia el corazón! Y hace más humanas las relaciones. ¡Solo Él puede hacer esto!». Volví a casa con el afecto y la libertad renovados, y esto me ha acompañado también en el trabajo. De hecho, el segundo hecho que quiero contar sucedió en la escuela. A principios de curso se presentó una madre árabe con el niqab, el velo negro que cubre todo el cuerpo y que deja al descubierto únicamente los ojos. En todos se percibía un gran desconcierto, y sinceramente, también yo acusé el impacto de una diferencia tan grande. En los días siguientes, en la conversación con esta madre por algunos problemas de su hijo, trataba de mirarla a los ojos incluso con una cierta ternura, queriendo ir más allá de esa apariencia tan distante de mí. Mientras la miraba, pensaba en todas las veces que Jesús ha hecho lo mismo conmigo: me ha mirado a los ojos y ha venido a buscar mi corazón. Empecé a desear poder mirar así también a esa madre. Y sucedió que una mañana, mientras conversábamos, ella se levantó inesperadamente el velo y me mostró su joven rostro. Me impresionó muchísimo y me dije: «Pero, ¿quién eres tú, Jesús, que cuando sucedes como memoria en mí haces que incluso el otro, tan distinto, se sienta libre de ser él mismo y de desvelar su rostro?». Me volví a descubrir más hija de su ternura y de su fidelidad en mi vida. Incluso mi alumno empieza a cambiar. Es verdad que para comprender qué quiere decir ser hijos no es necesario razonar sobre ello, sino que basta con dejarse sorprender y generar por lo que sucede y por Aquel que sucede. ¡Es un buen comienzo de curso! Gracias.

Es impresionante porque, como vemos, no hace falta nada especial. Podemos encontrarnos en esta sociedad multicultural y conocer a personas totalmente distintas de nosotros, como estamos viendo esta noche y como sucedía en tiempos de Jesús, cuando se topaba con un centurión o con un samaritano –curó a diez leprosos, pero solo un samaritano volvió para darle las gracias–. ¿En qué se ve que esa joven madre, dentro de su diferencia, participa de lo que Jesús ha introducido en la historia? En que empieza a ser ella misma del modo que menos te esperabas, porque es realmente imprevisible que una persona se sienta tan a sus anchas delante de ti que llegue a descubrirse el rostro. Ella tendría seguramente su imagen estereotipada del cristiano occidental, al igual que nosotros podríamos tener una de una mujer musulmana, pero ningún estereotipo impide que, en un momento dado, ella pueda verse abrazada por una mirada que le hace sentirse libre de ser ella misma hasta el punto de «desvelarse» ante ti, y tú puedas asombrarte ante ella. Esto es más elocuente que cualquier comentario que podamos hacernos entre nosotros, dice más que todas las dificultades que podamos aducir sobre la posibilidad de comunicar la fe en la situación multicultural en la que vivimos. Delante de hechos como este no hay nada que añadir, porque experimentamos con sorpresa que cuando nos dejamos generar por la mirada que Jesús ha introducido en el mundo y que llega hasta nosotros a través de nuestra historia, empezamos

también nosotros a generar, ofreciendo una contribución a los demás para que puedan llegar a ser ellos mismos. El Evangelio no nos cuenta cómo siguió la historia del centurión con Jesús y con el Misterio. Tendría que ponerse en juego él, y Jesús no parece muy preocupado por ello. El Evangelio no dice que Él volviera sobre ello: «¿Qué pasará después del milagro que he realizado?». Jesús percibe ese instante de apertura del centurión y lo pone delante de todos: «Nunca he visto a nadie con una fe así», un reconocimiento tan grande de su presencia. Por ello, si nos dejamos tocar de verdad por lo que sucede en nuestro modo de mirar, de entrar en relación con la gente, podremos encontrar una respuesta a lo que estamos buscando. Pero todo esto, ¿es capaz de resistir el embate del tiempo? ¿Quién ha visto en su propia experiencia cómo resiste?

«¿Quién es este?». Creo que esta pregunta –o mejor, el hecho de que en las circunstancias uno se haga esta pregunta– es la única posibilidad para entender qué es lo que resiste el embate del tiempo. Cuando, ciego, no captaba a nadie que, casi sin pensarlo, me hiciese preguntarme: «¿Quién es este?», sentía que antes o después todo terminaría. Incluso el amor más dulce o la amistad más querida. Tuve que dar muchos bandazos, a veces aparentemente sin sentido. Pero después comprendí que mi vagar era para buscar un sentido, porque la pregunta «¿Quién es este?» la había formulado en el pasado muchísimas veces, y extraña o milagrosamente no me abandonaba, aunque últimamente, en el último periodo, estaba sepultada, escondida dentro de mí. Decía que esta pregunta es incómoda, por lo menos para mí, porque planteársela es un trabajo de adulto que no necesita recompensa, no necesita primeras filas ni gratificaciones mundanas o religiosas que resultan completamente inútiles. En mi opinión, preguntarse: «¿Quién es este?» es un trabajo de adulto porque es reconocer un Amor que de algún modo ya es todo. Cuento algo para explicar por qué digo esto. Mi hermano y mi cuñada se han hecho del movimiento de adultos. ¡En treinta años de movimiento nunca les había hablado del movimiento! Por un tema particular hablaron con mi mujer, y ella les invitó a tu Escuela de comunidad. Después dieron algunos pasos y ahora participan en nuestro grupo de Fraternidad, porque después de tres o cuatro años se han inscrito a la Fraternidad. Cuando se celebró la asamblea anual de los nuevos inscritos a la Fraternidad, mi hermano y mi cuñada volvieron y parecían Juan y Andrés porque, mientras contaban lo que había sido, en todos nosotros que escuchábamos era evidente, no había duda alguna de que ellos habían encontrado algo distinto. Yo me hallaba en un momento en el que no creía que hubiese ninguna novedad para mí, todo me parecía un conjunto de demasiadas palabras ya escuchadas, demasiadas polémicas, demasiada presunción de saber, tanto en mí como los demás... ¡Un aburrimiento! En resumen, estaba bastante aburrido. En cambio, esas dos personas volvieron y dijeron: «¡Cuando terminó el encuentro no queríamos irnos porque nos sentimos comprendidos y amados!». Entonces yo me dije mirándoles: «¿Qué ven ellos que yo ya no consigo ver?». Después, en la Jornada de apertura de curso comprendí que ellos son una autoridad para mí. Justamente ellos dos, sin ningún requisito previo especial de «etnia “CL”», en ese momento eran autoridad para mí, en el sentido al que se refiere Giussani: «La autoridad es el lugar donde la verificación entre la percepción del corazón, sus exigencias, y la respuesta que procede del mensaje de Cristo es más límpida y sencilla, y por ello más pacífica» (p. 10). Este es el motivo por el que somos un grupo de Fraternidad, cuando nos reunimos no hay ni formalismos ni justas medidas, nos ayudamos con mucha libertad a gozar de la presencia de Cristo entre nosotros y sobre todo a preguntarnos: «¿Quién es este?». Y, aunque siga dando bandazos, estoy cada vez más contento porque me siento un poco como el ciego de nacimiento: podéis decirme lo que queráis, pero ahora estoy contento y antes no lo estaba. También tengo que darte las gracias a ti porque en estos quince años, aunque no nos conociéramos, me he sentido acompañado por ti en el seguimiento de Giussani. Gracias.

¿Qué ven tu hermano y tu cuñada que tú ya no ves, a pesar de que lleves aquí treinta años? Habrías podido empezar a fustigarte, y sin embargo les has seguido con sencillez, has ido detrás de ellos. En vez de juzgarte por lo «ciego» que estabas, has seguido con sencillez el modo con el que el Misterio ha venido para aferrarte nuevamente. Esto es la autoridad, alguien en quien uno ve que lo que desea sucede de forma más límpida, como dice don Giussani. Por eso, si uno es sencillo – no importa cómo se sienta –, se deja generar por el último en llegar, justamente porque el que acaba de llegar se le da para gozar de esa Presencia que muchas veces ya no somos capaces de ver, de captar. Como ya no la vemos, el Misterio nos pone delante a alguien de carne y hueso en el que Él se hace evidente. ¿Qué otra cosa puede hacer? Por eso, cuando uno se da cuenta de ello no puede decir más que, como tú dices, lo que responde el ciego de nacimiento: «Dejadme en paz, porque antes no veía y ahora veo»; tú antes no estabas contento y ahora sí lo estás.

Me escribe una persona y me dice que a veces es como si tuviese miedo de un padre, de una autoridad como la que se acaba de describir. No es inmediato reaccionar como has hecho tú ante tu hermano y tu cuñada, porque ante una autoridad uno puede empezar a medirse: «¿Qué pensará el otro? ¿Qué dirá de mí?», planteándose el problema de si es adecuado, de si está a la altura, en lugar de dejarse abrazar por el hecho de que ahí, en esos dos que están hablando, se está produciendo la victoria de Cristo. Y es este nuevo suceder de su victoria lo que purifica de nuevo la mirada y nos hace libres nuevamente, lo que vence el miedo ante lo que el otro pueda pensar de nosotros. Por eso tenemos que estar atentos a la experiencia: ¿quién es padre de verdad?

Cuando volvía a casa después de la Jornada de apertura, estaba llena de lo que había escuchado, de lo que había sucedido. Sin embargo, en un momento dado empecé a pensar en la gente con la que me encuentro cotidianamente, por casualidad o en el trabajo, y de repente nació en mí esta pregunta: «¿Por qué tengo el problema de la autoridad? La vida está ya de por sí llena de problemas, ¿por qué tengo que añadir también este problema?». Esta pregunta me conmovió enseguida y me llenó de silencio, como sucede cuando algo o alguien te obliga a pararte y a mirar. Si la pregunta me conmovió, la respuesta me hizo estremecerme –aún experimento esa sensación–, como cuando te sientes aferrada por algo enorme: la autoridad es el modo con el que Dios se me ha dado a conocer, es el método con el que Él ha entrado en mi vida. Podía no hacerlo y lo ha hecho. Y lo ha hecho con un rostro (y no con otro), en un lugar (este, y no otro). Tomar conciencia de esto casi me deja sin aliento. ¡Qué estremecimiento y qué agradecimiento! Con el tiempo me voy dando cuenta poco a poco de que toda la realidad puede ser autoridad, de que el Misterio puede salir a mi encuentro de las formas más extrañas e imprevisibles. Y yo reconozco sus rasgos inconfundibles por el hecho de que una y otra vez la vida me vuelve a hablar. Sin embargo, hay un punto constante en el que yo vivo una experiencia particular de autoridad, en el que vivo y revivo esa explosión de libertad de la que nos habla Giussani, y ese punto eres tú, o mejor, es la experiencia de fe que tú vives. Si pienso en este periodo, lo que más me impresiona y me contagia es tu obediencia y tu amor a la realidad; yo sé que esto solo es posible si uno está en relación con Quien la genera. Gracias.

¿Te puedo hacer una pregunta? Porque hay una persona que me escribe, como tú has dicho antes: «Toda la realidad es autoridad». Pero entonces, ¿no sería suficiente con vivir la relación con la realidad que ya es autoridad? ¿Por qué tienes que añadir un nombre y un apellido, de forma un poco «personalista»?

Esto es lo que me pasa a mí: hay momentos en los que reconozco una autoridad, sin embargo luego...

¿«Sin embargo luego»?

Luego vuelvo a caer en las clases que tengo que preparar, en las cosas que tengo que hacer en el día a día, reduzco todo a mis quehaceres.

Te agradezco esta respuesta, porque muchas veces uno no se da cuenta de que es verdad que cuando encuentra una presencia, como hemos escuchado en las intervenciones de esta noche, cambia la forma de estar en la realidad y todo se vuelve signo, autoridad, podríamos decir. A pesar de esto, antes o después aparece un «pero», un «sin embargo». Sin embargo, hay algo antes de ese «pero», como nos ha enseñado siempre don Giussani citando a Guardini: «En la experiencia de un gran amor [...] todo lo que sucede se convierte en acontecimiento dentro de su ámbito» (*L'essenza del cristianesimo*, Morcelliana, Brescia 1980, p. 12). Hace poco, una amiga me contaba en una cena que se había enamorado, y que todo le hablaba más. En la historia de un gran amor empieza a mirar con una mirada nueva, distinta, incluso las cosas que habitualmente le molestan. Pero –como tú dices– la cuestión es el desafío que nos lanza Giussani: verificar si este amor se mantiene con el tiempo cuando ya no hay nadie que nos genera. Por eso afirma: «Nadie genera si no es generado». Si no sigue sucediendo, la realidad ya no me habla así, la realidad ya no se convierte en autoridad, ya no se convierte en algo nuevo, como decíamos. Para dejarse generar es necesario encontrar un padre, quien quiera que sea, no importa el nombre y apellido. La cuestión es que no basta con haber sido generados en el pasado, sino que hace falta ser generados ahora, porque en el momento en el que deja de suceder, volvemos al viejo tran tran en nuestra relación con la realidad. Solos, con nuestras abstracciones, no salimos de la nada, no salimos del nihilismo. «Padre» –me decía esta semana un amigo– «es alguien que vuelve a encender un nivel de la verdad en mi vida y me arranca de la banalidad cotidiana». He aquí por qué se necesitan un nombre y un apellido; cada uno tendrá que identificarlo, porque aquí se juega de verdad la naturaleza del cristianismo. La paternidad, la autoridad –lo dice Giussani en la Jornada de apertura– es lo más extraño a la mentalidad común, hasta el punto de que cualquier cosa que se identifique con ella corre el riesgo de ser tachada de personalismo y sin embargo, sin una paternidad el cristianismo se vuelve abstracto, y esto se ve porque ya no nos aferra. Por eso, creo que la situación particular en la que vivimos, este nihilismo en el que tenemos que vivir, es paradójicamente una ocasión increíble, como estamos viendo, para reconocer que una «afirmación granítica» y las «cosas que hay que hacer» ya no nos aferran, que la reducción del cristianismo a esto no nos basta para vivir. Y por tanto podemos reconocer que solo cuando sucede lo que se describe en el canon, en el paradigma que es el Evangelio, es decir, que solo cuando nos encontramos delante de alguien de carne y hueso en el que reconocemos la presencia de Jesús porque nos aferra hasta las entrañas, solo entonces se da el cristianismo, y solo entonces se demuestra su novedad de acontecimiento que resuelve la cuestión de la vida. Si no te aferra hasta las entrañas, el cristianismo no conseguirá ser una respuesta que nos implique totalmente. En cambio, cuando sucede, ¡es algo que nos aferra por completo!

Cuando este año, en este año inesperado, me llegó a casa la tarjeta de inscripción a la Fraternidad me conmoví, porque la sensación fue justamente la de sentirme hija; me sentí envuelta por una mirada paterna, por una mirada segura. Y cuando escuché hablar de autoridad en la Jornada de apertura, no puede dejar de pensar en todas las personas a las que he conocido y que conozco (incluso esta noche) y que siguen contribuyendo a alimentar en mí esa certeza. Pero hay un paso nuevo que estoy dando en este camino, que para mí ha empezado aparentemente de forma pequeña: el darme cuenta, el caer en la cuenta de que todo lo que me sucede y me pasa me constituye, es decir, forma parte de mí. Esto no es un sentimiento y tampoco una emoción. Es una forma de ser, un modo de actuar. Es como si todo se multiplicase en la vida de todos los días, y ya no consigo dejar fuera nada de todo esto, no puedo abandonar nada. Esto cambia las 24 horas de mi jornada, y es como si el tiempo y todas las cosas se multiplicasen porque ahora las vivo con una intensidad distinta. Hace algunos días me pasó algo que puede parecer banal. Conocí a una persona y, como suele suceder, nos hicimos preguntas recíprocamente para

entender quién era el que teníamos delante. Me di cuenta – y esto me llenaba de asombro– de que al hablar y responder a esa persona, al hablar de amistad, de relaciones, de cualquier cosa, incluso de las cosas más banales, no conseguía dejar fuera de ningún discurso todo lo que yo he encontrado, ¡no conseguía dejar a Cristo fuera de ningún aspecto de mi vida! Es increíble, porque en el pasado quizá dejaba de lado la cuestión religiosa por temor a ser etiquetada, no hablaba de ello explícitamente, en cambio ahora no puedo evitarlo, no soy capaz de ignorarlo, también porque me permite sentirme más yo misma. Y me doy cuenta de que los ojos de la persona que tengo delante, de quien me escucha, se abren de par en par casi más que los míos, como diciendo: «¿Eh? Pero, ¿de qué está hablando esta?». Es un poco lo que me pasó a mí y lo que me sigue pasando al mirar a personas que están totalmente aferradas por Él. Me doy cuenta de que ahora soy yo la que está aferrada por Él. Y esto cambia la vida, ¡lo multiplica todo! Es como si siempre fuese domingo. ¡Esto es vivir! Esto es lo que yo identifico como experiencia. Solo me pregunto cómo puedo hacer para reconocerle siempre a largo del día, cómo puedo hacer para que esto no se me escape; tengo miedo de que esto desaparezca repentinamente, o de que las dificultades puedan hacer que ya no sea visible.

No te preocupes. Él te ha dicho: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20), por tanto no desaparecerá nunca. Lo único que tenemos que pedir es la sencillez de corazón para reconocerle cuando sucede, como estás haciendo tú, porque esto es lo que nos hace ser hijos de verdad. Es interesante cuando alguien se sorprende generado, porque no deja fuera nada de lo que vive, todo se ve impregnado de la novedad que Cristo ha introducido en el mundo; tú no logras hablar de las cosas de la vida sin hablar de esta novedad. No es que haya que añadir la palabra «Cristo», porque muchas veces la gente cree que ya sabe lo que es Cristo. Las personas se sorprenden al ver la novedad que una persona vive y que provoca una fascinación, experimentan una correspondencia a su espera que puede hablarles de Cristo más que si uno dijese ese nombre que ya creen conocer. Este es el gran desafío que tenemos ante nosotros –cada uno de nosotros–: dejarnos generar, para que cualquiera que se encuentre con nosotros, a través de las relaciones y en las circunstancias de la vida, pueda ver alguien en quien el nihilismo ha sido vencido. Porque este es el testimonio más claro de Cristo que podemos dar: un lugar en el que Cristo vence. Por ello, sigamos teniendo presente la Jornada de apertura, el trabajo sobre ella no termina esta noche aunque empecemos a afrontar el siguiente texto. Ella determinará todo el año, como hemos visto que la Jornada de apertura del año pasado ha sido determinante hasta hoy. No cerremos aquí el asunto, porque todavía tenemos que comprender hasta el fondo qué quiere decir esta paternidad, esta filiación, para vernos cada vez más atraídos por Cristo presente.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 20 de noviembre a las 21 horas.

Empezamos el trabajo sobre el nuevo libro, Crear huellas en la historia del mundo (Encuentro, Madrid 2019), que don Giussani escribió junto a Stefano Alberto (más conocido como don Pino) y Javier Prades.

En este texto se recogen las reflexiones sobre la experiencia cristiana desarrolladas por don Giussani en diálogo con los responsables del movimiento durante los años 90. Estas intervenciones marcaron el camino y acompañaron la vida del movimiento en aquellos años. Don Giussani hablaba de este libro como de las «nuevas huellas de experiencia cristiana», en referencia a uno de los primeros textos del movimiento –*Huellas de experiencia cristiana*–. Se trata de una gran ayuda para seguir el recorrido que hemos hecho en estos últimos años. Habíamos partido de *El sentido religioso*, que nos constituye; después reflexionamos sobre lo que está en *Los orígenes de la pretensión cristiana*, que ha aferrado nuestra vida; hemos trabajado finalmente *Por qué la Iglesia*, la prolongación de Cristo en el tiempo y el espacio. Ahora veremos qué dice todo esto a la vida en su aspecto cotidiano. En el último año hemos abordado el testimonio de don Giussani

«¡Vivo quiere decir presente!». Hemos acogido el desafío planteado por su pregunta: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?», que hemos abordado en los Ejercicios del CLU y de la Fraternidad, a los que muchos de vosotros habéis contribuido partiendo de vuestra propia experiencia. En la Jornada de apertura de este año hemos subrayado que la experiencia es «la palabra clave de todo». Decía don Giussani: «Los hombres se dieron cuenta de la presencia de Dios en el mundo a través de una experiencia verdadera, objetiva» (p. 4), como hemos visto también esta noche. Al toparnos con una presencia surge en nosotros la pregunta: «¿Quién es este?». El nuevo libro se inserta en este recorrido. Con *Crear huellas en la historia del mundo* podremos profundizar más los contenidos de la Jornada de apertura. De hecho, veremos la experiencia cristiana que don Giussani nos testimonia y nos propone, toda su preocupación por reafirmar el método del movimiento: el redescubrimiento del acontecimiento cristiano como encuentro. Viendo cuántas veces – según avanzamos en el camino– hemos caído en nuestras reducciones del cristianismo, la insistencia de don Giussani es un signo de su paternidad. Por eso decía: «Para hacerse reconocer, Dios entró en la vida del hombre como un hombre, en forma humana, de tal modo que el pensamiento y la capacidad imaginativa y afectiva del hombre se vieron como “atrapados”, imantados por Él» (p. 5). Si esto no sucede, no Le conocemos.

Veremos también toda la amplitud y la profundización de don Giussani con respecto de la fe: «Esta es la victoria que vence al mundo: la fe», es decir, el reconocimiento de Su presencia presente, una presencia que te aferra hasta las entrañas y que continúa en el tiempo a través de la Iglesia, la contemporaneidad de Cristo en la historia, «la compañía de aquellos a los que Cristo ha incorporado a sí» y que se manifiesta en la historia como un pueblo nuevo, «un lugar que es camino» (como decíamos en los Ejercicios de la Fraternidad).

Hasta el 20 de noviembre trabajaremos sobre las siguientes partes: la «Introducción» y los dos puntos iniciales del primer capítulo (EL ACONTECIMIENTO CRISTIANO COMO ENCUENTRO), es decir, las partes sobre «Andrés y Juan» y «El método de Dios».

Como siempre, será posible enviar preguntas y breves intervenciones a: sdccarron@comunioneliberazione.org, para los extranjeros hasta el viernes por la noche (porque es necesario traducirlos), y para los italianos hasta el domingo por la noche anterior a nuestro encuentro, con un número de móvil para poder ponernos en contacto con vosotros.

El libro del mes para noviembre y diciembre será: *Il cuore del mondo* de John Henry Newman (Bur, colección Biblioteca del espíritu cristiano).

La lectura de este libro nos permite conocer el pensamiento y la fe del cardenal Newman al que, como ya sabéis, el papa Francisco proclamó santo el pasado 13 de octubre. Él anticipó muchas de las cosas que hemos escuchado también esta noche sobre el modo de vivir la fe.

El movimiento propone a todos sostener estos dos gestos: en primer lugar la Jornada nacional de Recogida de Alimentos, que tendrá lugar el sábado 30 de noviembre, como adhesión a la Jornada Mundial de los Pobres propuesta por el Papa para el domingo 17 de noviembre. En su mensaje el Papa, con las palabras del salmo 9: «La esperanza de los pobres nunca se frustrará», nos invita a devolver la esperanza perdida ante las injusticias, sufrimientos y precariedades.

El otro gesto es la Campaña Tende de AVSI, que este año tendrá como título: *Juégata con nosotros. Generaciones nuevas, protagonistas del mundo*. Los fondos se destinarán a proyectos en Siria, Líbano, Mozambique, Amazonia, Venezuela, Italia y para las adopciones a distancia.

La Jornada de Recogida de Alimentos y la Campaña Tende de AVSI son dos gestos sencillos que nos educan para comprender la caridad que supone la paternidad que recibimos de nuestra compañía, que hace que nuestro horizonte se abra a los necesitados del mundo. Son gestos tan

sencillos y que tocan de tal modo las exigencias fundamentales de cada hombre que podemos proponérselos a cualquiera de las personas con las que compartimos la vida cada día, para que pueda renacer en ellos una curiosidad y una esperanza.

Veni Sancte Spiritus

¡Buenas noches a todos!